

dra, aburrida de estatismo, rebota contra los troncos, y su rodar es perseguido por un reguero de terrones y cascajos... Ahora, en *Campeños* (1), afirma esas condiciones, insinúa otras, y, pese a algunos errores tipográficos o de corrección, y a algunas ligeras imperfecciones de forma, su estilo se mueve ya con más gallardía y espontánea malicia.

Tres cuentos, a nuestro juicio, sobre salen en méritos, en el presente volumen. El primero de ellos, *Remordimiento*, podríamos decir que es de forma; el otro, *Vino tinto*, de de análisis dramático; y *Cobardía*, el último, de ambiente. Un bello cuento de ambiente, es este último. Decimos de ambiente, porque creemos que éste es, precisamente, el verdadero sujeto del cuento, y que el autor, por modestia o por principios, desvió la *personalidad* preponderante de ese ascético ambiente de Aucó. Esa misma indecisión, esa cobardía de Rosendo Vidal, es debida, subjetivamente, a la imposición, a la sugestión austera del intangible personaje. Lo contrario nos sucede con *Remordimiento*. Quizá si por creer nosotros que la forma es el formulado *leit motiv* de este cuento, nos parezca que ella, a pesar de su evidente calidad, no alcanza su inconfesado propósito. El otro cuento, *Vino tinto*, es un gran cuento: un Gran vino. Con cierto gustillo añejo a Maupassant. ¡Lástima, ahora, que el autor no le haya filtrado cuidadosamente de algunos modismos y comparativos que sobrenadan, como partículas de

orujo, en su generoso líquido! Familiaridades del estilo...

«El estilo es el hombre». Así es, en realidad, este escritor. Gordo, campechano y bueno, como él, su estilo tiene abundancia sanguínea y efusiva. Por sus períodos carnosos circulan, claras, las ideas; y en sus diálogos parecen chispear sus ojillos miopes, tras los discretos lentes de la ingenua intención. Pero, bajo la gordura algo basta de Durand, hay una fina fibra de sensibilidad, que hieren románticamente subrepticias inquietudes: entonces, rojas o azules, florecen a menudo en sus relatos las bellas metáforas cordiales.

Cordiales. Porque, cierto es, quizá le falte a Durand un poquillo de metafísica, alguna sutil chispita cerebral; pero esto, precisamente, no es una falta; es una compensación: su exceso mismo de sensibilidad le impide, por ahora, análisis.

Por lo demás, hoy como ayer, el sentimiento es la parte primordial de toda obra de belleza, la santa levadura que le da vital sabor y alcanzamiento. Lo demás, el arte de ideas—ideas que el sentimiento fecunda—, es cosa de trabajo y de paciencia.—*Guillermo Koenkampf*.

EPISTOLARIO

El Medina de Amunátegui.

Con motivo de la publicación de un interesante ensayo de Don Domingo Amunátegui Solar sobre la personalidad y la obra de Don José Toribio Medina, el señor Emilio Rodríguez Mendoza le ha

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1932.

dirigido la carta que reproducimos a continuación y que enfoca de un punto de vista muy personal, la figura del ilustre investigador.

Santiago, 15 de Junio de 1932.

Señor don Domingo Amunátegui Solar.

Presente.

Mi querido y respetado don Domingo:

Usted nos debía un retrato fielmente exacto de Medina, es decir, del hombre tal cual. Lo ha hecho espléndida y noblemente, pasando con rapidez ante los defectos y, en cambio, subrayando la enorme labor de nuestro historiógrafo.

Lo conocí bastante; pero no mucho, en los últimos años de su vida ejemplar.

Siendo Embajador de nuestro país en Madrid, empecé a prepararle una ovación en que habrían tomado parte las cuatro Academias Reales: la de la Lengua, la de la Historia, la de Jurisprudencia y la de Bellas Artes. Pues bien, y este rasgo basta para pintar su austeridad, su terror a lo espectacular, al sospechar de qué se trataba, se me fugó, no sólo de la Corte, sino de España... Era, como digo, la austeridad misma; una austeridad áspera y esquiva que, seguramente, molestó a más de uno de sus admiradores o amigos. Pero si he de decir la verdad, conmigo fué paternalmente bondadoso durante el período fugaz en que lo traté a diario.

La historia áridamente exacta que Medina hacía, la aplicaba también a los hombres, sin reparar en las molestias que esto podía reportar tanto a él como a los así tratados e historiados.

No alcanzó a tener conmigo diferencias ni respingos, porque en tal caso desgraciado, nos habríamos separado a la puerta de la Casa de Contratación, que fué donde tuve ocasión de conocerlo y acompañarlo más de una vez.

Conservo, pues, de Medina una imagen tal vez algo vaga; pero, eso sí, muy personal que, seguramente no es completa sino meramente fragmentaria y anecdótica y que lo hace aparecer en mis recuerdos dicharachero y alegre en medio de aquel ambiente para eruditos y también para cosas ya distantes: flores, mantones y giraldas...

Por lo demás, mi afectuoso recuerdo de Medina no me impide reconocer que usted ha hecho un retrato exacto y sobrio, como los que hacían los maestros clásicos, los cuales no fantaseaban sino que reproducían con extraordinario verismo el modelo que tenían delante. A propósito ¿conoce o recuerda usted el retrato de Pantoja de la Cruz, llamado «Un Caballero de Santiago», es decir, de la Orden de Santiago de Compostela? (1) Es Medina en pinta, engolado y con la cruz de la Orden puesta como una venera barroca en medio del pecho.

Un parecido asombroso, casi extraño, patentiza de una manera im-

(1) «Escuela Española. Retratos Medias Figuras». Caro Reggíó, Editor. Madrid.

dirigido la carta que reproducimos a continuación y que enfoca de un punto de vista muy personal, la figura del ilustre investigador.

Santiago, 15 de Junio de 1932.

Señor don Domingo Amunátegui Solar.

Presente.

Mi querido y respetado don Domingo:

Usted nos debía un retrato fielmente exacto de Medina, es decir, del hombre tal cual. Lo ha hecho espléndida y noblemente, pasando con rapidez ante los defectos y, en cambio, subrayando la enorme labor de nuestro historiógrafo.

Lo conocí bastante; pero no mucho, en los últimos años de su vida ejemplar.

Siendo Embajador de nuestro país en Madrid, empecé a prepararle una ovación en que habrían tomado parte las cuatro Academias Reales: la de la Lengua, la de la Historia, la de Jurisprudencia y la de Bellas Artes. Pues bien, y este rasgo basta para pintar su austeridad, su terror a lo espectacular, al sospechar de qué se trataba, se me fugó, no sólo de la Corte, sino de España... Era, como digo, la austeridad misma; una austeridad áspera y esquiva que, seguramente, molestó a más de uno de sus admiradores o amigos. Pero si he de decir la verdad, conmigo fué paternalmente bondadoso durante el período fugaz en que lo traté a diario.

La historia áridamente exacta que Medina hacía, la aplicaba también a los hombres, sin reparar en las molestias que esto podía reportar tanto a él como a los así tratados e historiados.

No alcanzó a tener conmigo diferencias ni respingos, porque en tal caso desgraciado, nos habríamos separado a la puerta de la Casa de Contratación, que fué donde tuve ocasión de conocerlo y acompañarlo más de una vez.

Conservo, pues, de Medina una imagen tal vez algo vaga; pero, eso sí, muy personal que, seguramente no es completa sino meramente fragmentaria y anecdótica y que lo hace aparecer en mis recuerdos dicharachero y alegre en medio de aquel ambiente para eruditos y también para cosas ya distantes: flores, mantones y giraldas...

Por lo demás, mi afectuoso recuerdo de Medina no me impide reconocer que usted ha hecho un retrato exacto y sobrio, como los que hacían los maestros clásicos, los cuales no fantaseaban sino que reproducían con extraordinario verismo el modelo que tenían delante. A propósito ¿conoce o recuerda usted el retrato de Pantoja de la Cruz, llamado «Un Caballero de Santiago», es decir, de la Orden de Santiago de Compostela? (1) Es Medina en pinta, engolado y con la cruz de la Orden puesta como una venera barroca en medio del pecho.

Un parecido asombroso, casi extraño, patentiza de una manera im-

(1) «Escuela Española. Retratos Medias Figuras». Caro Reggio, Editor. Madrid.

presionante la ascendencia española de nuestro ilustre compatriota.

A su vez, en el retrato hecho por usted, prima la verdad sobre el afecto y el total ha resultado tan justo, que al estudiar a Medina no se podrá prescindir de esa semblanza, breve y, sin embargo, completa.

Moral e intelectualmente, el hombre de una sola trayectoria que fué Medina está allí en sus rasgos esenciales inclinado sobre los libros, los papeles y las medallas desde muchacho hasta que, ya muy anciano, lo echaron al «chaquetón de pino»— como decía Flaubert— con la pluma entre las manos y puestos, como para continuar la tarea más allá de la tumba, sus anteojos de erudito.

Era el método, el tesón y avanzando de papel en papel, de libro en libro, de archivo en archivo, llegó a reconstruir «el edificio colosal de la Colonia», como usted dice, haciéndole la justicia más alta a que podía aspirar su asombrosa labor.

No concibo un Medina sonriente, elegante y cortesano, sino como una fría corporización de los archivos. . . Era áspero y esquivo y sobre estos dos rasgos esenciales, subrayándolos, pasaba cortando en vivo la ironía, empozada en los ojos pequeños y descifradores.

Aunque yo sólo conocí la bondad que se aconchaba muy adentro, muy en el fondo de ese espíritu, sé bien que el Medina auténtico no es el mío, es decir, de la Andalucía encendida en los azules de Murillo, sino el que usted sintetiza en sus rasgos primordiales.

Era uno de esos hombres que,

divorciados del mundo, se sumergen en el pasado, que los encanta y que siempre encuentran más grato y apacible que el presente, atareado, achicado y sin pátina ni interés alguno.

Tal vez por eso los eruditos han sido casi siempre, copiando el acertado esquema psicológico de usted, «ásperos, duros, quisquillosos».

No les interesa o no comprenden el momento que pasa palpitando sino el que ya ingresó documentalmente a los archivos.

Desconfían de un mundo que no han conocido porque vivieron íntegramente en tiempos lejanos, de que sólo la muerte logra sacarlos, como quien arranca una hoja que hay que reintegrar a la historia.

Yo sé que Medina tenía pequeñeces, que por mi parte, insisto, tuve la suerte de no conocerle en nuestro encuentro andaluz. Pero qué es eso al lado de su inmensa labor!

Usted lo reconoce hidalga y ampliamente y si ha dejado constancia de ciertos rasgos y reconcomios, es porque el verismo del retrato así lo exigía: «tomó un Continente entero como su provincia—dice usted, haciendo suya la definición sinóptica de Garnett sobre Medina».

Para poner el retrato en una Academia, en una galería o en el salón de la casa, en estos países se exige que no se haga al muerto tal como fué en la amarga realidad de la vida, sino como lo ve el afecto o la vanidad de los deudos. Hacer a los hombres según esa amable receta familiar, es falsificarlos y, por mi parte, en las pocas páginas de historia pic-

tórica que he hecho, he trazado siluetas copiadas tal cual de la vida y no de aquellos *álbums* de felpa roja o azul que solían conservarse en las casas y en los cuales todos los retratos aparecían invariablemente de levita, con la izquierda solemnemente posada sobre la mesa y con un roilo de papeles en la diestra... En la diestra o dentro del imponente sombrero de copa.

A la inversa, sobre todo a los hombres ilustres, hay que hacerlos tal como los modeló el destino, la vida, el trabajo sin fin.

Es lo que usted ha hecho superiormente con Medina y por ello lo felicito cordialmente al agradecer el amable envío.

Admirador y amigo aftmo.—*E. Rodríguez Mendoza.*